

tercera son los almacenes de papel, alizador y lea-
dederos.

Este establecimiento es quizá uno de los mejores que existen en el día en España, de donde han

salido millares de obras con hermosas impresiones, correcta y singular limpieza en los estampados de los grabados intercalados en sus textos, y suma de delicadeza en la perfección de sus ediciones. Quisié-

ramos dar una noticia más extensa de su importancia, pero nos lo veda motivos de delicadeza á los que es fuerza someterse.

J. G. MOYA.

Revista de la Quinceña.

Dos sucesos de gran bulto en el órden histórico han ocurrido en los quince primeros días de este mes; execrable el uno de ellos para cuantos conservan viva en su pecho la santa llama del honor, alegre y de buen presagio, el otro además de forzoso en las circunstancias á que habíamos venido. Claro está que hablamos del asesinato intentado contra el general Narvaez; primer ejemplo de alevosa frialdad y deliberación en la triste carrera de nuestros errores políticos. La Providencia ha querido sacar á este militar valiente sano y salvo de tamaño peligro y levemente herido sobre la sien derecha, al joven don Salvador Bermúdez de Castro, tan conocido como literato de todo el mundo, y tan estimado de cuantos le tratan. ¡Ojalá que el invisible escudo que los ha resguardado hubiese cubierto asimismo al desgraciado comandante Baseti, cuyos restos mortales después de grandes padecimientos descansan ya en el lugar de su eterno reposo! Pero sin duda para hacer más odioso el crimen, la suerte dispuso que escogiese por víctima una persona distante aun del rencor mismo de los asesinos.

Así este trágico acontecimiento, como el que con sus pompas y alegría ha venido á distraer los ánimos de tan penosas sensaciones, nos merecen un lugar en esta revista, mas por dejarlos consignados en ella que porque pudiéramos darles el que merecen correspondiente. El uno es objeto de un artículo, aparte en este mismo número, y del juramento de S. M.: en el próximo encontrarán nuestros lectores un grabado que representa la augusta ceremonia en el Senado, y una relación circunstanciada de este acto solemne, que sin duda hubiera lucido más á no haberse descompuesto el día y alterado con frecuentes chubascos. Sin embargo, por una coincidencia notable el tiempo se sosogó bastante, no bien la segunda Isabel pronunció la fórmula sagrada y permitió á la régia comitiva un vistoso desfile por los parajes más públicos de la capital, enajados de gente á pesar de los rigores de la atmósfera. ¡Plegue al cielo que la de nuestra prosperidad hasta ahora tan torva y empañada se serene y despeje de todo punto, en un reinado que comienza con la concordia, y que ha reunido en favor suyo, un raro concierto de voluntades y esperanzas!

Los teatros de verso han presentado novedades que no debemos pasar en silencio. El señor Breton de los Herreros nos ha regalado la comedia *Finezas contra desvíos*, imitación por desgracia sobrado ajustada de otra de nuestro teatro antiguo harto célebre y conocida, *Palabras y plumas* del maestro Tirso de Molina. No es menos difícil interesarse con imitaciones de esta especie que juntar cosecha abundante en una tierra ya esquilada, porque la presencia del original desalienta y enfria la inspiración. Esto cabalmente ha sucedido al poeta que hasta el día ha sabido llevarse casi solo la palma de la popularidad á los ojos de nuestro público. Como quiera, la regularidad de la estructura, la consecuencia de los caracteres y la mayor delicadeza de concepto que se advierten en *Finezas contra desvíos*, nos han hecho ver con gran gusto que los trabajos del autor en esta ocasión no han sido infructuosos, y que si acierta á dar semejante discusión á su fecunda vena, merecerá bien de la literatura. Estudiando atentamente nuestro antiguo teatro y especialmente á Calderón, en quien todos los dones del ingenio se juntaban en tan maravillosa abundancia y sazón, logrará el señor Breton dar más consistencia á sus fábulas, más interés á su enredo, más verdad á los caracteres, y sobre todo se acostumbrará á aquel tono de caballerosidad y elevada cortesía que más de una vez escasea en sus producciones.

Por lo demás en la viveza del diálogo, en la fluidez de la versificación y en las dotes del estilo en general, casi era excusado que nos parásemos, pues son proverbiales en este autor de todos reconocido, sino como gran dibujante y hábil inventor, por lo menos como inimitable colorista.

La representación fué buena según era de esperarse, tomando parte las señoras Díez y Llorente y el señor don Julian Romea, pero el señor Argente nos dejó un vacío muy grande que debe aplicarse á llenar, ya que la suerte le depara tan propicia ocasión con los excelentes modelos que le pone delante.

En este mismo teatro se ha dado de nuevo á be-

neficio de su autor *La Rueda de la Fortuna*, de la cual por lo visto, antes nos causaríamos de hablar, que el público de acudir á ella. El señor Rubi fué acogido como era de esperar, y una de las coronas que le arrojaron llevaba, según nos han informado, el nombre de un poeta ilustre, el señor Zorrilla; delicada muestra de amistad y simpatía que á entrambos hace honor.

En la Cruz han menudeado más las funciones comenzando por la del señor Olona *el Primo y el Relicario*, juguete que más gustó por las buenas disposiciones que descubre que no por el mérito que realmente posee. Los lances están más amontonados que distribuidos con proporción y maestría, y los caracteres se resienten de aquella fatal influencia que en nosotros está ejerciendo la literatura dramática de nuestros vecinos, sobre todo los *vaudevilles*, ramo de suyo el más frívolo y fugaz. El señor Olona, hará muy bien en castigar y corregir su imaginación, concertar un poco mejor sus asuntos, trazar sus caracteres con más verdad y distinción, y sobre todo acrisolar y pulir su estilo que bien lo ha menester. De su primer ensayo se puede esperar mucho si acepta con todas sus condiciones la penosa tarea de escritor dramático. La ejecución de esta pieza fué bastante esmerada y el público salió complacido como era de esperar.

Poco después los señores Salas y Ojeda han dado en el mismo Coliseo dos conciertos compuestos de piezas de música nacional, en que fueron muy aplaudidos y con notoria justicia, porque á las cualidades generales de buenos cantantes que los adornan, reúnen entrambos especial conocimiento de este género de canto tan rico de armonías, que aun en nuestros oídos acostumbrados á él desde la infancia tiene particular dulzura y agrado. Nos han dicho que estos artistas van á París donde piensan darlo á conocer: determinación que les aplaudimos mucho, y que sin duda traerá ventajas á su fama, pues sabido es que la gracia y sentimiento de las canciones españolas se escapan más de una vez á célebres artistas extranjeros, como si solo descubriesen los hechizos de su apasionada melancolía á los hijos de la tierra en que han nacido.

Muy recientemente el teatro de la Cruz nos ha puesto en escena *El caballo del rey D. Sancho*, drama del Sr. Zorrilla, no tan aplaudido como *El molino de Guadalupe*; pero en nuestro sentir muy superior así en pensamiento como en plan y desempeño. El asunto la acusación de la reina Doña Nuña, esposa de Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, hecha por el príncipe D. García su hijo, resentido de no haber alcanzado licencia de su madre para montar el caballo del monarca á la sazón ausente. Esta acusación inconcebible en que se atropellaban las leyes de la naturaleza con tan corto motivo, aparece en el drama del Sr. Zorrilla fundada en un interés más alto y dramático: la ambición. El asunto está noblemente encajado, aunque en su distribución pudiera campear más maestría y conocimiento de los recursos escénicos. Hay actos como el segundo en que los sucesos se atropellan y parece que no caben; actos como el tercero en que la acción pudiera condensarse un poco más; inverosimilitudes como la de la escena con el centinela, y sobre todo un desenlace lánguido y poco dramático. Los personajes mismos en general carecen de aquella individualidad profundamente marcada que descubre desde luego los más recónditos pliegues del corazón; pero á pesar de todos estos lunares *El caballo del rey D. Sancho* es una obra que honra á su autor. La elevación moral que en toda ella reina pertenece á aquel linaje de filosofía que alienta al hombre y le engrandece; algunos de sus golpes son verdaderamente teatrales, y revelan ciertos instintos de todo punto dramáticos que comunmente aboga en el Sr. Zorrilla la lozanía desmedida de su imaginación, fuente en él de tantas bellezas, pero que (fuerza es decirlo) en el teatro ha sido causa de más errores que de aciertos, cuando no se ha sabido subordinarla á la índole filosófica y profunda del arte. De las galas de la versificación, de las riquezas líricas, de lo atrevido de los pensamientos y de la facilidad á veces excesiva de la expresión, para qué hablar cuando son cualidades que el Sr. Zorrilla alcanza en grado tan eminente? Si sus dramas hubieran de juzgarse cuando todavía resuenan aquellos ecos en el oído, difícilmente saldrían de la pluma ó de los

labios sino encañecimiento y alabanzas.

La ejecución fué más esmerada y ofreció algo más que elogiar que en otras piezas. Doña Bárbara Lamadrid, comprendió su papel como siempre comprende los de esta clase que tan bien cuadran á su carácter y aun á su figura. (1) El señor Lombía tuvo también momentos muy felices, sobre todo cuando tomaba el tono del sarcasmo y de la ironía.

El teatro del Circo no ha estrenado función alguna nueva lírica ni de baile, aunque de entrambos ramos hay anunciadas algunas que no dejarán de llamar la atención pública. Entre tanto la señora Guy Stephan no ha dejado de recibir aplausos en las diversas representaciones que van dadas del lindo baile *Gisela*.

La literatura nada ha producido en estos quince días fuera de lo que llevamos ya apuntado. ENRIQUE GIL.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto las siguientes noticias artísticas de Bélgica y Alemania que siguen un periódico inglés:

«La exposición de pinturas en Dresde en este año ha sido, según dicen, muy superior á la de los anteriores, y cinco cartones del profesor Schnorr y una pintura de Bendemann, han merecido mención muy honorífica.—En cuanto al arte en Bélgica, transcribiremos de una carta de un corresponsal, algunas palabras relativas á Amberes y con especialidad á la nueva estatua de Rubens.—«Su espléndida riqueza corresponde al sitio y al sugeto, y rara vez se han copiado mejor en bronce las suaves undulaciones del raso y terciopelo. La expresión de las facciones es noble también y el asiento de la figura fácil y natural. En suma, comparando esta efigie con el nuevo Alberto Durero de Nuremberg, ó el nuevo Mozart que ni en la fundición de Higdwaire en Múnic, juzgó que la gracia de la propiedad resalta en este retrato de bulto. Seguramente el lujoso esplendor de Pedro Pablo, es cosa más fácil de representar en nuestros días, que la espiritualidad algo más elevada del antiguo alemán, mientras su belleza robusta y varonil ofrece un asunto algo más halagüeño que las facciones débiles sino insignificantes, del músico de Salzburgo. Como quiera, me causó una impresión todavía más agradable el estado actual del arte flamenco, mientras recorría la colección de pinturas modernas abierta ahora en Amberes. Estoy familiarizado con nuestras exposiciones de provincia y he visto una ó dos en las capitales de Alemania y en otras ciudades inferiores, pero en mi juicio este espectáculo puede desafiar al mejor de los que con él compiten. Mas se han acreado los modernos flamencos á sus gloriosos predecesores que los franceses, ingleses y alemanes actuales. No falta desecho y basura, pero á vueltas de él se encuentran dos ó tres piedras preciosas. Difícil sería por ejemplo nombrar un contemporáneo que hubiese hecho una pintura más interesante que la de Pedro el Grande en Sardaam, obra del profesor Wappers, director de la academia de Amberes. De Keyser á lo que parece va abandonando su predilección por los asuntos violentos y reemplazándolos con combinaciones de mayor gracia y esmero. Tiene un Tasso leyendo sus versos á Eleonor, y un Rafael y Fornarina, exquisito cuadro de género. Las tres obras están ejecutadas con brillantez y solidez de color é igualmente exentas de abatida flojedad y de pomposos atavios, y merecen gran honor por haber traído hasta nuestros días algo de la antigua magnificencia del país y de su escuela. Esta es lo que ser debe digna y característica. Los paisajes eran malos y algo menoscabados de ver que en una pira de ganado los discípulos de Pedro Pablo se quedaban muy atrás de nuestro Sidney Cooper. Uno ó dos artistas franceses han contribuido á esta exposición: MM. Collignon y Lepoitwin aunque la nacionalidad de sus tonos de color hacía parecer más pesadas sus pinturas en Amberes que en Francia á causa de la comparación.

(1) En el número pasado se deslizó una equivocación involuntaria de la cual pudiera colegir alguno que esta actriz estimable, no pertenecía á la compañía de la Cruz. Hacemos esta rectificación con tanto más gusto cuanto que redundará en justa honra de la empresa.